

Un escritor antisistema en la década del 30: Omar Viñole

Cecilia Corona Martínez

Doctora en Letras. Profesora titular regular de la cátedra Literatura Argentina I, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: ceciliacoronamartinez@hotmail.com

Omar Viñole (1904-1967) escribió más de cuarenta libros, en ediciones hoy casi desaparecidas. Aunque nació en Buenos Aires, estudió e inició su vida pública en Córdoba. En la ciudad mediterránea publicó gran parte de sus obras y luego se instaló en Buenos Aires, donde – usando un término anacrónico para el momento- se convirtió en un famoso mediático: “el hombre de la vaca”. Allí, además de intervenciones que consistían en dialogar con una vaca en lugares públicos importantes, mientras el animal defecaba abundantemente a causa de alguna medicación previamente suministrada; se dedicaba a denostar a los poderosos: políticos, literatos, miembros de la élite gobernante en la dramática Década Infame. También brindaba conferencias sobre los mismos temas.

En 1956, veinte años después de su efímera celebridad, dio a conocer *El hombre de la vaca*, una reflexión y a la vez una explicación de la propia trayectoria.

En el presente trabajo, nos aproximaremos a su producción escrita a través de uno de los libros que todavía pueden recuperarse: *El hombre que se depiló la ingle*. A pesar de su discutible adscripción genérica, consideramos que se trata de una obra híbrida, entre el ensayo y la ficción; y postulamos que en ella se plantean una serie de temas que responden a la visión filosófico-política de Viñole. La lectura del texto, a la luz de las reflexiones del año 1956, permite una aproximación al pensamiento fuertemente contestatario del autor. Se trata de una voz disidente que no solo se remite a la situación política inmediata, sino también revela una preocupación de cuño espiritualista que subyace a un discurso heterodoxo con caracteres próximos a lo escatológico.

Cartas al Papa

El texto se inicia con una carta firmada por el propio Viñole, dirigida al Papa – consideramos que puede haber sido Pío XI¹-, donde en primera persona, el autor relata algunos momentos de su vida y manifiesta el porqué de su conducta. Más allá de la sorna con que en ocasiones se refiere a su corresponsal², dirige sus críticas a la ciudad de Córdoba³, particularmente a la Universidad y sus intelectuales.

Se presenta como alguien que ha decidido oponerse a la mediocridad hegemónica, vigente en el pensamiento de quienes representan el saber en la capital mediterránea. Pero no lo hace munido de conocimientos superadores de los que ostentan sus adversarios (a los que construye como tales), sino asumiendo la figura del perseguido. A la manera de los profetas del Viejo Testamento, el “yo” es un “apóstol” que no solo acepta la denigración y el maltrato, sino que genera aún más persecución y burla. La adopción consciente de este rol, lo coloca paradójicamente en una posición de superioridad: la convicción de ser el único poseedor de la verdad subyace a esta actitud. A esto se añade un deseo de generosidad en este caso hacia los jóvenes: “soy un apóstol cínico, de la burla, con tal de enriquecer la experiencia de los que vienen atrás” (17).

En *El hombre de la vaca*, Viñole habla de sí mismo del siguiente modo:

“Empotrado el personaje en una rigurosa arquitectura ideal de moralista y de filósofo, debo situar el rigor de sus ideas cardinales para que podamos entrever la naturaleza estética de su corazón, su arrojo y su intención pedagógica.” (2000:34)

Ya en un tono más reflexivo, explicita lo que venimos señalando, que su actitud provenía de una convicción moral, de una intención estética y de un afán didáctico. Porque el narrador se considera a sí mismo un escritor, aunque la palabra escrita no haya sido su única arma para intervenir en una sociedad de la que abomina.

En 1933, Raúl Barón Biza había publicado su novela *El derecho de matar*, precedida de una carta dirigida al mismo Papa Pío XI. A partir de la autoridad que le otorga haber realizado una importante donación de dinero para construir un colegio, Barón Biza sostiene que los dioses que realmente guían a los hombres son “lo innoble y lo grotesco” (1933:10). Precisamente por ello dice hablar con la verdad (“palabras salvajes que rugen realidades”, ídem), que ha de ser reconocida como tal por el mismo Pontífice.

A continuación se dirige al lector, con un tono más autosuficiente y una fuerte posición de superioridad: “Ni siquiera exijo tu opinión. No espero ni tu aceptación ni tu rechazo. Voy hacia ti sin que me llames, seguro de mí mismo.”(1933:17).

Se desarrollan luego los conceptos del autor sobre el contenido del libro, el destinatario deseado y sus propias cualidades; todo ello convenientemente relacionado: el libro trata sobre muerte, crimen, revolución y sadismo; fue escrito para las prostitutas, los presidiarios, los jueces y las colegialas; en tanto su autor es rebelde y revolucionario.

De modo que la rebelión y la revolución se emparentan estrechamente con la presentación de las miserias humanas, y como los gérmenes de enfermedades, están destinadas a “corretear salvaje en el cerebro de la humanidad” (1933:16).

Con pocos años de diferencia, dos escritores escriben cartas al Papa, al que reclaman en su carácter de cabeza de la Iglesia Católica, y del que reniegan. Sus autores difieren en la posición asumida ante S.S., el primero más soez y a la vez más esperanzado en su enseñanza; el segundo desengañado y descreído de cualquier posible redención, a pesar de hablar de revolución.

Ambos escriben en una época sombría para el país, la conocida posteriormente como “Década Infame”, que se extiende desde 1930 – año del derrocamiento del presidente constitucional Hipólito Yrigoyen- hasta 1943, con la caída de Ramón Castillo.

Tanto Viñole como Barón Biza asumirán en distintos momentos de sus vidas un posicionamiento político explícito, que excederá su accionar artístico/literario⁴.

El arte de prologar

Antes de entrar en algunos pormenores de la vida de Oscar Rubén Darío Vagagá –personaje central-, el texto está conformado por varias partes: Prólogo, la ya citada carta al Papa, “El arte de matar ratas”, dos epígrafes firmados por Viñole, “Confidencialmente a los lectores de este libro”, “¡Mis cartas ya están tiradas!”, “Forma de preparar el engrudo” -firmado por La Editorial-, “La pasta de pirata en los Apóstoles”, otros dos pequeños textos, “Reglamento de la pileta” -firmado por “El dueño de la pileta”-, una presunta Carta de

Miguel de Unamuno, un Decreto del Superior Gobierno de la Provincia de Córdoba (falso), dos nuevos epígrafes y una dedicatoria al lector, sin título.

A partir de ellos, el narrador se presenta a sí mismo: “Mis libros, sus títulos, los temas, las 'pruebas atléticas', denuncian mi fortaleza y la conquista de mi libertad crítica” (7) y el libro que prologa, que es “una cosa burda ... Instrumentos de contrastes, para sacudir” (8). La construcción del “yo” como apóstol, profeta y mártir va revelándose lentamente. Desde el principio, “El arte de matar ratas” tiene como frase concluyente: “Se suplica denigración” (19). Más adelante asevera que se ha sometido voluntariamente al sufrimiento⁵.

Hay una referencia a la vaca, a la que compara con Dios, ya que ambos hacen silencio y se resignan ante la maldad y estupidez humana (24).

El lenguaje evidencia un crescendo de violencia: “Para el que duda de mí, escupo este libro” (23), la realidad es “miserable”, está rodeado de “cretinos” y “rufianes”. Precisamente esta concepción de la sociedad justifica el uso de “palabras bárbaras” (23).

En el conjunto no faltan las alusiones a su rol de escritor: ya sea cuando se refiere a los rufianes de la pluma o si postula un contenido social en su escritura (25). Se evidencia una fuerte actitud anti-intelectual, con críticas y comentarios mordaces sobre los escritores. Llama a su texto “pileta literaria” y en la carta apócrifa de Unamuno diserta sobre la actividad del autor: “Ha venido usted, después de un banquete de textos y erudición, se ha desatado la correa, se ha bajado los lienzos y ha desbordado los ríos, desmelenando su saludable 'guano” (33). El también falso “Decreto” del Gobierno de la Provincia que dispone la compra y distribución del libro, firmado por el muy criticado Pedro J. Frías, eleva aun más el sarcasmo, ya que en sus fundamentos asevera que “todos los habitantes del territorio (...) no cometen ningún acto que acuse la posibilidad de destacarse en las letras o en los descubrimientos sublimes...” (35).

Oscar Rubén Darío Vagagá

El enunciador construye la figura de Vagagá, viejo amigo de la infancia, como un “hijo de puta” (40), cuya “carrera” de depravación se inicia en un seminario en su ciudad natal, Montevideo. Luego parte hacia Italia donde se hace veterinario, hasta que a los veintiún

años “tiró a la mierda todo este juguete de los cartones y los oropeles” (42). Eligió entonces “la locura, como única manera de ganarme la vida” (46) y decidió ser el “HOMBRE QUE SE ARRANCA LOS PELOS DE SUS VERIJAS” (48).

El texto se estructura como un diálogo, en el que prácticamente el único hablante es Vagagá, quien expone ante su amigo el narrador, sus concepciones de la vida y del arte, y algunas pequeñas anécdotas que giran alrededor de sus preocupaciones principales: la literatura y sus artífices, la sociedad y sus características, su propia elección vital. Claro que los tres temas se imbrican constantemente, pues a partir de su visión de la sociedad surgen su posicionamiento como escritor y las otras actividades que realiza para llamar la atención del público.

Degradación

Rubén Darío Vagagá expone la degradación propia y la de los demás. Para ello, se sirve de situaciones personales o ajenas. Destacamos dos microrrelatos insertos en el texto: el primero de ellos parte de la exposición pública del protagonista, quien se depila la ingle en público, y en esa actividad provoca la reacción de algunos asistentes al espectáculo. Lo particular es el argumento del “empresario” para calmar a uno de ellos: “... si usted se gana la vida con sus infamias, déjelo al señor que ejecute su destino. (...) El oyente se va (...) pero ya ha pagado la entrada.” (52) Vagagá elige autoflagelarse (pues la depilación inflige dolor) y hacer dinero con la presentación de ese procedimiento. Se unen aquí un fin redentor – tal como analizaremos más adelante- con una actividad relacionada con lo bajo. Esto entendido desde una visión carnavalesca, en tanto se advierte la mezcla de lo alto y lo bajo en un mismo acto.

Más perturbador (como atentatorio a lo “decible”), resulta un relato bastante extenso (un capítulo completo), donde Rubén Darío relata una de sus ocurrencias para ganar dinero en París. Allí, para sostenerse, alquila una habitación, compra ropa interior usada de trabajadores y boxeadores y distribuye “entre la ex nobleza y algunos militares deportados” tarjetas que promocionan el alquiler de una pieza con “olores violentos”. De tal modo, hace dinero con clientes como generales y miembros de la aristocracia. Pero además de hacer dinero, practica el voyeurismo, ya que espía y relata lo que su primer huésped hace

en esa pieza alquilada por horas: “se lanzó sobre las medias (...) Las olió (...), las mascó, se las refregó por las mejillas, las saboreó...” (83). La descripción de estas actitudes tiene características particulares, en tanto se comparan con elementos valorados por la sociedad: el militar se lanza sobre las ropas “como quien se lanza sobre una chica de quince años que espera que la inauguren en la luna de miel, perfumada y lavadita” (82), las huele “como si emanaran a fábrica de los perfumes de Griet” (83), su estado es presentado de la siguiente manera: “como si estuviera inflamado bajo el calor de una arenga patria” (83).

El placer sexual “desviado” (lo bajo) asociado a la virginidad, la belleza y el amor a la patria (lo alto) acrecienta la profundidad de la degradación, que se manifiesta asociada con ciertas personas representativas de las clases poderosas: militares y aristócratas.

Junto a la degradación del otro, se relata la degradación del “yo”, la que adquiere características particulares puesto que se presenta como un paso necesario para la posterior elevación interior. Rubén Darío Vagagá se constituye en un Yo Redentor desde la degradación construida por él mismo.

En efecto, el personaje se construye como profeta (60) y aun como semi-Dios: “porque sin ser santo merezco serlo por el dolor que me causa esta inclinación al dolor mismo” (76). Como lo explicita, la recompensa por su método (arrancarse los pelos del pubis) es “saberme despreciado” (76) y de ese modo elevarse a la divinidad.

A la manera de Cristo, más aún que Cristo, acepta voluntariamente el dolor que él mismo se inflige, a fin de alcanzar un estado de superioridad espiritual. Se explicita claramente cuál es el modelo a seguir: “No hay más doctrina que la de Jesús de Nazaret” (77)⁶.

Literatura

Un tema fundamental en el texto lo constituye la literatura: sus características, su utilidad, los escritores – particularmente los cordobeses-.

Desde el comienzo, el nombre del personaje único: Oscar Rubén Darío Vagagá, elegido por su madre para

“desprestigiar (...) a un señor Rubén Darío, que tenía algo en la cabeza, además de la caspa, y que se pasó la vida borracho, como única forma de mantener la ilusión de ser comprendido en la

verdad, y que además de esto escribía versos, algunas veces con fines urinarios, otras para conseguir algo de dinero y “mamarse” (vulgo curda)” (39).

La cita anterior, algo extensa, permite precisar cuál es la característica que define a un escritor de valía: el intento de ser comprendido, no en lo individual sino en la verdad. También, tangencialmente, algunas particularidades del humor de Vignole: la ironía, el uso del habla popular unido a una terminología cercana a la biología y la medicina.

La literatura está considerada “enferma” (88) y los escritores -“literatos”- son calificados como “peste” (49). Entre estos últimos señala algunos autores cordobeses o radicados en la ciudad: “un señor varón del bisa trabaja de pensador, aparte del hijo de lopoldo lugones y Martínez subiría” (88), en tanto Capdevila “desparrama desoves” (74).⁷

A lo largo del texto, se explicita claramente la opinión del personaje – y la del narrador- sobre los escritores argentinos contemporáneos. De allí que Vagagá escriba para “desprestigiar las letras” (73), ya que “si estoy condenado a leer tanta mala publicación, lógico es que me lean a mí” (ibíd.).

La perversión de la literatura proviene de la confusión propia de la modernidad, que fomenta la proliferación de la escritura y de los escritores, y se opone entonces al camino del “corazón” –que caracteriza a los hombres de acción, “brutos” pero seguros de su rumbo- (74). Precisamente ese rumbo es el que pretende seguir el protagonista, de allí su repudio a la alta literatura y sus representantes de la Academia. Todo este pensamiento permite contextualizar algunas de las acciones de Viñole, entre ellas la ocasión en que se acerca con su vaca a la Academia Argentina de Letras, para realizar su habitual performance.

Se mantiene el aspecto moralizador de la escritura viñolesca, que hemos señalado en el apartado anterior. Esta actividad – la literatura- constituye simplemente un medio, no un fin en sí misma, e integra un todo con otras acciones del autor; tal como se explicita en *El hombre de la vaca*, cuando narra su participación como luchador en el Luna Park y recuerda su discurso ante el público, donde señalaba que los payasos tienen “la grandeza de enrostrar la burla para sus altos fines divinos” (2000:141).

Por lo demás, es interesante destacar que el descrédito de la literatura se inserta dentro de la opinión de Vagagá sobre la totalidad de la palabra escrita, ya que “los libros no agregan una sola palabra de las ya consignadas en la Biblia” (81). Entonces la ciencia también es “una cifra no determinada de palabras vacías” (Ibíd.). Desde sus conocimientos médicos, el protagonista/ narrador no emite mejor opinión sobre médicos que sobre literatos: aquellos son “infelices” o “canallas” (44).

Un hombre contra el sistema

En *El hombre de la vaca*, afirma Viñole: “Los episodios políticos del pueblo del Hombre de la vaca demuestran que no era tan náufraga su razón, acerca del derrumbe de las instituciones burguesas...” (2000:106).

Esos “episodios políticos” incluyen desde la segunda Guerra Mundial hasta los gobiernos peronistas con el trágico golpe del 55. No es de extrañar, entonces, que el escritor vea cumplidos sus peores pronósticos sobre una sociedad a la que denostó de todas las maneras a su alcance, durante la dolorosa Década Infame.

En numerosos textos, y específicamente en el que hemos estudiado en el presente trabajo, Viñole manifiesta una actitud belicosa, con un lenguaje explícitamente revulsivo, a fines de sacudir el medio político/intelectual del momento, tanto en Córdoba como en Buenos Aires.

El libro de 1956 presenta a un escritor/ pensador más reflexivo, alejado de escenografías y de actitudes provocadoras. No ha cambiado, sin embargo, su opinión sobre la sociedad argentina. El capítulo final manifiesta un mensaje en el cual predomina la visión mística y redentorista, y donde se reitera la adhesión a las enseñanzas de Jesucristo: “él [el Hombre de la vaca] ha recogido la dramática herencia cristiana de acuerdo a su ciencia y conciencia...” (2000: 245).

Bibliografía

BARÓN BIZA, Raúl (1933) *El derecho de matar*. Buenos Aires: Edición del autor.

VIÑOLE, Omar (s/f, circa 1935) *El hombre que se depiló la ingle*. Buenos Aires: Claridad.

----- (2000) *El hombre de la vaca*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

¹ Pío XI, Achille Damiano Ambrogio Ratti fue el 259° Papa de la Iglesia Católica entre 1922 y 1939.

² “... la fiscalización celeste (cuya agencia S.S. inviste en este subsuelo”(14).

³ “... la ciudad que fundó aquel hijo de puta que se llamó Jerónimo Luis de Cabrera, para infectar al País” (18).

⁴ Barón Biza financia y participa en intentos de golpe de estado contra Uriburu, a partir de su adhesión al radicalismo, siguiendo a Amadeo Sabattini. Por su parte, Omar Viñole simpatizará años más tarde con el movimiento liderado por Juan Domingo Perón.

⁵ “Esta es la razón cristiana de porqué me importa tres puñetas de los aplausos o los silbidos. ¡Formas del silicio!” [en el original] (21).

⁶ Viñole practica un cristianismo sui generis, tal como se explicita en su libro de 1956. Allí asevera que Jesús es “el más moderno de los iluminados” (2000: 206).

⁷ Se refiere a los escritores Raúl Barón Biza, Gustavo Adolfo Martínez Zuviría (Hugo Wast) y Arturo Capdevila, y a Leopoldo Lugones hijo, miembro de la policía y conocido por introducir la picana eléctrica en los interrogatorios.